

El nuevo Leviatán en la mirada de Francisco Piñón

Evodio Escalante

ANOTO EL PRIMER SENTIMIENTO que me asalta al leer el nuevo libro de Francisco Piñón: un sentimiento de zozobra y de vértigo. Pienso que lo anterior está anticipado de modo explícito en el título de su texto: *Filosofía y poder. Los rostros del Leviatán* (México, Centro de Estudios Sociales Antonio Gramsci, 2006). Uno se pregunta de inmediato, aunque no quiera: ¿Cuáles serán estos rostros del monstruo? ¿Y qué pluma será capaz de describirlos? El pavor cívico se confirma cuando advertimos que en efecto el autor del libro parte de la premisa que un poder omnívoro y totalizante, mucho más temerario que el que describió Hobbes, ha sentado sus reales en el mundo moderno. Sostiene Francisco Piñón: “Asistimos al nacimiento de un nuevo *Leviatán*, a escala mundial, [de forma tal] que el de Hobbes, con todas sus pasiones, nos parecería aldeano y doméstico.” (49) Que se trata de un nuevo Leviatán implica que posee un nuevo rostro y que su influencia sobre las conductas se ha potenciado de manera logarítmica. Afirma Piñón: “El poder, desnudo y violento, de las antiguas sociedades medievales y renacentistas, se ha revestido de nuevos ropajes, no menos violentos que los antiguos: el poder de la moderna sociedad técnica-industrial. El nuevo *dios Moloch* se ha transformado en *pragma*, en *operation*, en *tecnología política e industrial*, en *marketing* totalizador, en *holding corporations* en donde el *Mercado* y sus «leyes» economicistas conforman la *real politik* de la verdadera *Razón de estado*. Hoy más que ayer el poder es letal.” (56) Me resulta imprescindible citar lo que podría ser muy bien la consecuencia y la conclusión de este razonamiento movilizado por nuestro crítico: “La moderna sociedad industrial es la nueva *Razón Universal* pero sin la hegeliana *astucia*, aquella que si bien propiciaba

«aullar entre lobos» dejaba una puerta abierta al *comunismo político*.” (57)

De algún modo la secuencia anterior permite detectar el linaje al que se adscribe el autor: el honroso linaje del historicismo. Dentro de esta genealogía, Piñón se siente bien acompañado y hasta protegido de las eventuales críticas que pudieran surgir. “Si lo fuese, estaríamos ubicados en buena compañía, con Dilthey, con Croce, o con el mismo Gramsci, y antes, por qué no, con Hegel.” (108) El hombre es un resultado histórico y al mismo tiempo un factor decisivo de su desenvolvimiento. La famosa «Razón Universal», invocada por los teóricos del capitalismo y mencionada por el autor, no es sino una hipóstasis, un engañoso constructo que amenaza con arrasarlo todo en su santo nombre unificador. Pero que no se confunda esta presunta *razón universal* con la razón hegeliana, pues en dado caso, como observa Piñón, le falta el ingrediente esencial de la *astucia*. Aunque es cierto que ésta enseñaba a «aullar entre lobos», no lo es menos que contenía un componente que escapaba en todo y por todo a la aspiración totalizadora de la administración: se trata, podríamos agregar de nuestra parte, del componente de la ironía. La astucia hegeliana de la razón, en efecto, desmonta una concepción simplista y a la postre interesada de la razón, que coincidiría con la aspiración al dominio total de las oligarquías, e impone el factor imprevisible de la libertad. Imposible no pensar en este contexto en la famosa “ironía de la historia, que todo lo pone patas arriba”, según la expresión clásica de Engels y Marx en el *Manifiesto comunista*. Es otra pues la noción de razón que defiende el pensamiento historicista, una razón que en definitiva no es ajena —en la interpretación de Pi-

ñón-- a la tradición humanista de las grandes utopías cuyas raíces se remontan a los pensadores de matriz griega y latina.

Como puntualiza el autor: “La racionalidad de la *razón instrumental* nunca salió de la *subjetividad* de una modernidad que erigió el cálculo, la medida y la ganancia como los valores más altos de la modernización.” (78) Esta razón instrumental, podríamos acotar por nuestra parte, develando otro aspecto de lo mismo, no sería sino una manifestación de la “metafísica incondicionada de la subjetividad” que en su momento habría denunciado Heidegger, otro de los representantes de la tendencia historicista.

La filosofía se nos aparece, al menos a la luz de estas consideraciones, como una *estrategia de resistencia* ante los poderes establecidos, y como un recordatorio de lo que hay de más grande en una tradición que, aunque nutre nuestras raíces, quizás de momento permanece acallada. En efecto, la voz de la razón está sofocada por el barullo contemporáneo producido por el mercado y por ese nuevo fundamentalismo que no se atreve a decir su nombre y que se ampara bajo rótulos democráticos. El clamor de la “democracia”, difundido desde los altoparlantes del imperio, impide escuchar a las mejores voces de una tradición filosófica a la que nos es necesario regresar otra vez.

Al constatar que la organización “se ha vuelto contra el hombre, porque ahora es *planetaria*, pero a una sola *dimensión*”, como diría Marcuse, Francisco Piñón detecta en el pragmatismo moderno la ideología en la que se sustenta este dominio a la vez planetario y unidimensional. Los más rudos ataques de su libro van dirigidos precisamente contra esta corriente filosófica nacida con los escritos de William James y de Charles. S. Peirce. En el diagnóstico

del autor, se diría que el principio del fin está representado por la filosofía científicista que intenta hacer del hombre una máquina previsible y sujeta a cálculo.

“El pragmatismo es como el *Gestell* de la *técnica* moderna.” (111) Entiendo que esta es la frase más contundente que articula Francisco Piñón en su disección de esta corriente de pensamiento que se encuentra en la base del surgimiento del nuevo Leviatán y sus mil caras. Argumenta consecuente el autor: “El pragmatismo, como el liberalismo, no supo detectar los monstruos de poder que incubaba dentro. Inclusive su misma funcionalidad, en algunos aspectos hasta exitosa, no les hizo sospechar los efectos sociales antihumanos que como carambolas se reproducían lejos y fuera de sus metrópolis de poder. En el fondo de su filosofía late ese empirismo radical que, con influencias del positivismo, rompe toda relación con los fundamentos éticos de los grandes principios, aquellos que pudieran ofrecer una eticidad de la totalidad o de horizontes universales. Por algo, el filósofo W. James, uno de sus fundadores, hace depender la filosofía del pragmatismo de las corrientes del nominalismo, utilitarismo y positivismo.” (105)

Para concluir su libro, Francisco Piñón invoca el antecedente de Adam Smith e incluso, aunque en principio pudiera parecer fuera de foco, una propuesta de algún modo antropocéntrica y materialista de Feuerbach, cuando éste sugería que la figura de Dios no era sino la proyección imaginaria de algo que se gestaba en el alma del hombre. Con ello Feuerbach daba pie, quizás sin anticipar las consecuencias, a lo que conocemos bajo el nombre del *subjetivismo* contemporáneo. Lo señala en estos términos Piñón: “La filosofía del pragmatismo es localizable. Su *mano invisible* desde hace mucho tiempo, con Adam Smith, se ha tornado terriblemente viva. Debemos develar y desnudar los entarimados y engranajes de esa ideología del *behaviorismo*, la praxis de un ágora que mezcla mercado mito y religión y hace desfilar a pensadores que, también ellos, tienen *formas mentis* en donde, como escenario del Imperio del Mal, el *Diablo* sí puede «hablar de teología», porque es teología política, que ha hecho a su Dios a su *imagen y semejanza*, para complacer la hipótesis de Feuerbach en *La esencia del cristianismo*.” (110)•



De la serie Escaparates

Evodio Escalante es profesor investigador adscrito al Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa. Correo electrónico: evos@xanum.uam.mx